HOMBRES, HECHOS E IDEAS

LOS DISEÑOS DE FERMIN ROCKER
MENTIRAS VIVIENTES, Rafael Barrett.
BOSSUET, PROUDHON, GORKI.
TRABAJO Y DESTINO NUESTROS, María Alvarez.
BLANQUI: vieja proclama, actual siempre.
AQUELLOS QUE NO DEBEIS OLVIDAR, Sebastián Faure.

MITIN — F. Rocker

Fermín Rocker no cuenta aún los veinte años de edad. Pero, ha alcanzado algo que no es común: un ideal y una comprensión de humanidad en el arte que lo acerca a los proletarios, que revelan una fuerza y una convicción.

Sus dibujos, vividos trazos de vida y hombres obreros, vienen ilustrando las páginas del "Der Syndicalist", de Berlín. Estereotipian la tragedia del proletario moderno. Son una nota de arte y de rebelión.

"Mitin", "Camaradas", "El Periódico" y "Proletarios" revelan cuatro aspectos del ascender y el despertar obreros, con sus quebrantos y tragedias. Esto es arte, y fuerza de ideal.

Somos todos mentiras vivientes. De un lado, en el poder, con nuevas ideas, con prejuicios menos estrechos y sentimientos más generosos, dos o tres jóvenes obligados a aceptar las viejas formas sociales y a pasar por traidores a su conciencia; forzados a cometer la doble injusticia del rigor con los unos y del favor con los otros. Y en frente, en la llanura, agitadores de universidad, aristocratizados aunque no queramos por nuestra misma propaganda, nosotros, los libertarios del pulcro estilo, cuello reluciente y corbata bien hecha...

Será peor ser a medias lo que se sueña ser que no ser nada? Tendremos algún día el valor de ir hasta el fin y de maldecir estos dedos pálidos, y la educación que nos dieron y cuanto hay de civilizado y cobarde en nuestras almas? Tendremos el valor de ir a la miseria con los brazos abiertos, y de gritar, como Job, no desde nuestros libros a tanto el tomo, sino desde el estiércol humano fecundador del mundo? Quizá sea tarde: quizá no veamos nunca en los ojos de los que defendemos el relámpago de la divina y fraternal confianza...

Y sin embargo, humillados y a ciegas, nos es preciso seguir luchando, y hacernos la ilusión de que nuestra vida no es completamente inútil. — **Rafael Barrett.**

COMPAREROS — F. Rocker

BOSSUET: Hereje es el que tiene una opinión.

PROUDHON: La Revolución es la necesidad en persona.

GORKI: Para tener derecho a hablar al pueblo, es necesario llevar en el alma, o un odio inmenso a sus defectos o un amor inmenso a causa de sus dolores.

Trabajemos para que nuestras manos rudas no destruyan las tierras que dan la esperanza. Trabajemos por ser cada día más puros. Trabajemos para ser dignos de colaborar en la obra del porvenir. Nosotros hemos sido el porvenir. No procuremos atarles a nuestros destinos miserables: es ese buscado para ellos posiciones establecidas que les alejen de la lucha y el peligro, o bien haciéndoles víctimas de nuestros convencionalismos. Nada de eso. Cuanto más lejos de nosotros, mejor. Eso indicará que hemos cumplido bien nuestra misión que no es tesoner, ni estancar, sino impulsar. — MARIA ALVAREZ.

EL PERIODICO — F. Rocker

BLANQUI, en una vieja proclama escrita en Marzo de 1848:

No hay libertad donde falta el pan,
No hay igualdad donde la opulencia insulta a la miseria.
No hay fraternidad donde la mujer del pueblo gime hambrienta, con sus hijos, a la puerta del rico.

No quiero citar ningún nombre: temo olvidar demasiados y, fatalmente, dedicaría a aquellos y aquellas que son los más dignos a nuestro recuerdo agradecido y conmovedor: los obscuros, esos de quienes, a excepción del pequeño grupo que formaba su círculo de relación, nadie piensa.

A los conocidos, a esos que, por sus gestas o sus escritos han perpetuado su memoria, nuestros corazones les son fieles. Pero, ¿y los otros? Esos que no hanse señalado ni por la pluma, ni por la palabra, ni por una acción sensacional o ruidosa: ¿pensamos en ellos?

Pensamos en esos miles y miles de militantes que, constantemente animados por el ardiente deseo de propagar las convicciones que les animaban, han sido los modestos y desinteresados portadores de nuestras ideas y justas concepciones? ¿Pensamos en el considerable número de trabajadores que, en peligro del pan y la libertad, en el taller, en la fábrica, en el campo, en la obra, en el almacén; es decir, en todas partes donde los explotados penan, llevaron siempre la cabeza bien alta, observando una actitud soberbia y valerosa, en medio de las frentes inclinadas y los espíritus servilmente doblados? ¿Pensamos en la multitud de camaradas de todos los países, de todas las razas que, por haberse sublevado contra la ley y resistido a los amos, han sufrido los tormentos, las humillaciones, las privaciones materiales y las torturas morales de la cárcel o del presidio?

Son estos, sin embargo, los que por su labor porfiada, han abierto el surco, trazado el camino, señalado la ruta. Porque el anarquismo — hay que decirlo bien alto — no debe su fuerza a los escritos, por brillantes que sean, de los escritores, ni a los elocuentes discursos de los oradores, sino a las gestas cuotidianas, al apostolado diario, a la acción perseverante de esa multitud anónima de militantes y de trabajadores, de refractarios, de rebeldes. Los teóricos amplifican los horizontes, crean conciencias, indican el camino, señalan el objetivo, exaltan el ideal. La masa de militantes recorre esos horizontes, sube la escarpada cuesta, sigue el escabroso camino, no mira atrás, marcha hacia el fin, da la vida al ideal.

Los teóricos conciben y expresan: los rebeldes ponen en práctica, aunque para ello deban morir.

Es en éstos que yo pienso. No los olvidéis. — **Sebastián Faure.**

PROLETARIOS — F. Rocker

PANAIT ISTRATI Y LA RUSIA ACTUAL

LA REVELACION DEL CASO ROUSSAKOV

Digo bien: el "affaire" Roussakov o la U. R. S. S. de hoy.

Un "affaire", así fuera el más espantoso, si es un caso aislado, si los rasgos que lo caracterizan no revelan el espíritu y los sentimientos de mucha gente, no merecería ser tratado aquí.

Pero el "affaire Roussakov" no es más que un síntoma. Las causas que lo han provocado y las múltiples peripecias de su desarrollo, ponen en tela de juicio a la Unión Soviética, a toda su política y en primer término, a su moral.

Yo no he ido a Rusia para descubrir que los obreros de la "patria proletaria" gozan de un bienestar material superior al que tienen los obreros en los países burgueses. No. Yo estaba dispuesto a cerrar los ojos y a pasar por alto la ausencia de todo bienestar material, pero estaba, si, firmemente convencido que desde el punto de vista de la justicia elemental, la "dictadura del proletariado" no dejaba nada que desear: si es sumamente difícil crear el confort, nada, absolutamente nada, impide ser justo y honesto. ¡Revelación Monstruosa!

Si a lo menos tuviera el consuelo humano de pensar que solamente la clase enemiga es la que sufre las consecuencias de la inmoralidad y de la injusticia "proletaria"; si yo pudiera convencerme de que la ignominia ha tenido lugar en el fondo de Siberia!

Pero no. Es la propia clase obrera la que más sufre en la U. R. S. S. El asunto Ronssakov ha estallado en la segunda capital de Rusia, y millares de casos idénticos estallan o son sofocados de un extremo al otro de la Unión, con la desventaja, para las víctimas, de no haber hallado lo que el viejo Ronssakov: un defensor que remueve cielo y tierra, desde el jefe supremo de la Unión hasta el último burócrata, para mendigar justicia, justicia, justicia.

¡Oh, justicia! ¡Oh, Proletariado! Un proletario auténtico, un hombre que sigue siendo hombre aun después de haber soportado la prueba de las más distintas situaciones sociales, un viejo hermano que sigue siendo vuestro, os maldice desde lo más íntimo de su corazón y os grita: los affaires Ronssakov, los millares de casos semejantes que se conocen, y los centenares de millares que no se conocerán jamás, serán vuestra ruina y os librarán, sobre toda la tierra, a esa misma suerte que ahora reservais a la pobre vida humana, en el país de la justicia y de la Dictadura del Proletariado!

UN CASO ENTRE MIL

He aquí ahora el rostro de vuestra patria:

Yo llegué a conocer a Roussakov por intermedio de Víctor Serge (Kibaltchich), en noviembre de 1927; cuando nuestra visita oficial a Leningrado. El viejo Ronssakov, cuya familia está formada por seis miembros, y Víctor Serge con su mujer y su hijo, habitan un departamento de la calle Feliabov.

Unas "jóvenes comunistas", envidiosas de ese departamento, es lo que se encuentra al principio de la odiosa provocación que hoy ha tomado las proporciones de un verdadero "affaire". El departamento es en verdad grande y hermoso; pero a esto el viejo Ronssakov no puede remediar nada, porque lo ocupa legalmente, y de sus grandes dimensiones es todavía menos culpable: son nueve personas para cuatro piezas y un pequeño gabinete; las demás pertenecen a la Cooperativa del Alojamiento y son ocupadas por los miembros de esa institución.

¿Cómo podía sospechar yo que una cuestión de alojamiento llegaría a tomar tales proporciones, y que se llegaría a pedir públicamente la muerte de un hombre, de aquel que justamente duerme sobre un camastro en una oscura pocilga disimulada detrás de una sala de baño?

Entusiasmado, enamorado como me veían, de la "obra socialista", cuando el décimo aniversario, los pobres no me habían querido confiar abiertamente sus inquietudes. Solamente pude saber que Víctor Serge, siendo un oposicionista (poco peligroso), estaba predispuesto, él y su familia, a sufrir los rigores de un régimen implacable con todos aquellos que no están en la "línea". Y justamente el viejo Ronssakov estaba mucho menos en la línea que su yerno.

Trabajador manual desde hacía cuarenta años, revolucionario independiente desde siempre, Alejandro Ivanovitch Ronssakov no es otro que el bravo judío Jesséléritch, obrero, tintorero, de Rostov. Durante la revolución de 1905, toma parte en la defensa del barrio judío de esta ciudad contra los ataques de los cien negros; presencia el saqueo de su domicilio y logra salvarse. Corre mundo durante quince años, llevando consigo una valerosa mujer y siete hijos, casi todos pequeños. Se van a Marsella, donde arraigan por mucho tiempo, remendando la ropa de los marineros y no olvidando nunca de entonar a media voz su vieja canción de judío errante corrido por el progromes. Hasta que en 1919 el gobierno francés lo considera indeseable, lo encierra en un campo de internación, y lo canjea, en compañía de otros muchos detenidos, por oficiales franceses prisioneros de los bolcheviques.

Llegado a Petrogrado con toda su tropa, Ronssakov llora de alegría y besa la tierra de la Revolución. Luego...

Es todo. La "tierra de laRevolución" no necesita simientos de esa calidad. Conducido a los estrados de la "Justicia" soviética la acusación le reprochará el haber trabajado como todos sus compañeros, siendo él director de un lavadero.

"¡Es también un mal ejemplo! — le gritará el compañero presidente del tribunal. ¡Vd. era el director! ¡No tenía para qué trabajar!"

¿Qué sería la Unión Soviética si todos sus directores, presidentes, secretarios y demás burócratas se pusieran a trabajar como simples obreros?

"A mí me dá lo mismo, me dice Roussakov. Director, mis hijos no tienen nunca zapatos; obrero, tampoco lo tienen. Para el pedazo de pan que yo les doy, sirven mis brazos todavía. De uno u otro modo no pido más que una cosa: que pueda ganarme la vida, para mí y para los míos, como siempre lo hice. Eso es todo, ¡pero dejadme en paz!"

EL DRAMA

Y aquí comienza el drama. En cualquier país burgués, un trabajador que no pide más que trabajar y que luego le dejen en paz, no sufre por eso ninguna consecuencia. En "la patria del proletariado" no es lo mismo. Desde luego, en Rusia la paz no existe para nadie, ni aun para el burócrata, que se pasa el día y la noche preguntándose si está siempre "en la línea", si no se a corrido un milímetro por casualidad durante el sueño o mientras se sonaba las narices.

En cuanto al pan, ese es el gran asunto..

El pan es toda la vida, cuando la vida no es más que un infierno. Cuando el derecho a pensar y a moverse es sólo un recuerdo lejano, tener el pan asegurado es una cosa enorme, es todo. El dictador lo sabe. Hunde su mano, negra o roja, en el vientre del hombre y le hace comprender esto: "Morir es poca cosa. No importa quién sea el culpable: eso se vé en la guerra y en la revolución. Vivir hambriento y sin abrigo es mucho peor. Y como yo tengo necesidad de gobernar, te pregunto qué es lo que piensas. Y según lo que pienses tendrás o no pan y abrigo".

—¿Lo qué yo pienso?, dice el burócrata: pero, si yo no pienso nada, y yo os pido que me digáis lo qué debo pensar. Sobre todo, recordádmelo todos los días.

—¿Lo qué yo pienso?, replica Ronssakov; y bien, pienso que todos vosotros sois unos cochinos; unos granujas que manejáis a voluntad a todo el mundo, que acaparáis todos los medios de existencia, que bloqueáis por el hambre a todo aquel que no quiera bailar al son de vuestra flauta y arrojáis a la prisión cuando protesta. He ahí lo que yo pienso".

Durante treinta años he sido siempre un obrero, eternamente "pendenciero" — como los bravos Ronssakov que se humillan en Rusia a garrotazos — y más de una vez al mes me ha sucedido el tener que protestar contra una injusticia, defenderme o tomar la defensa de alguno, y escupir mi hiel en la cara del patrón o su lacayo. Todo el mal que podía sobrevenirme era el ser despedido, cuando no llaba mis bártulos espontáneamente sin esperar la desagradable coz del asno. Y una vez en la calle — que parece tan amplia y hermosa cuando se sale de la galera — hacía mi paseíto de hombre libre, o que se imagina ser libre; el tiempo necesario para tragar la amargura del ánimo, y luego metía la nariz por el hueco de una nueva perfezuela:— "Buen día, señor, ¿tiene trabajo?"

Era todo; y era a menudo demasiado amargo.

Ignoraba que pudiesen verse cosas peores.

SOCIALISMO?

Ahora bien, esta cosa peor, este tributo a la inagotable codicia del hombre; este delito de lesa humanidad, que algún día la humanidad señalará con el hierro candente de su juicio; este colmo de bandolerismo y de terror, ha alcanzado su perfecta expresión en la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas, bajo el régimen de la sedicente Dictadura Proletaria.

Todo el mundo sabe qué es el Partido Comunista: un arma de lucha para la conquista del poder por el proletariado, cuyo punto de apoyo y de comando está en Moscú. ¿Pero sabe el mundo trabajador qué es lo que son los Sindicatos Rojos?

Antes de la guerra, cuando no existía ni rojo, ni blanco, ni negro, había los sindicatos obreros, simplemente, que luchaban contra los patrones. Yo me pregunto: "¿Contra quién luchan en la U. R. S. S. los sindicatos rojos? ¿Cuál es su razón de ser, de su inmenso poderío, en el país donde el patronato industrial no es más que un recuerdo?"

Su razón de ser es ésta: tener en el puño todos los medios de que un trabajador dispone para ganarse el pan; y no distribuir el trabajo sino de acuerdo a la manera de pensar de aquel que se propone vivir con el fruto de su labor. Los sindicatos rojos dictan ley en la oficina, en la fábrica, en las canteras, en el empleo, en el alojamiento, en todas partes. No se encuentra trabajo si no es por mediación de los sindicatos. Una vez expulsado de un sindicato no os queda otra alternativa que huir, porque desde ya cualquier forma de actividad lucrativa, toda posibilidad de ganaros la vida es está vedada.

Piénsese ahora en la fuerza espantosa que de tal modo se pone en las manos de hombres a los que las escuelas oficiales enseñan que la moral y la honestidad son "prejuicios" burgueses, y que el materialismo es lo único que tiene fuerza de ley sobre la tierra.

La U. R. S. S. es el país menos burgués del mundo, pero el que más aspira a serlo, a ejemplo de todas las naciones que salen lentamente de la vida patriarcal, tal nuestros Balkanes. Por eso creo yo que ha sido una desgracia que la tentativa más grandiosa de edificar el socialismo se hiciera precisamente en Rusia.

El Ruso, como el Ukraniano, el Geórgico, el Tártaro y el Armenio, que no se enredan en doctrinas, son hombres generosos, rebosantes de ternura, ricos de amor y de melancolía. Aman apasionadamente su lengua, su tierra, su cielo. (Todos los cantos populares y todos los escritores de esos países lo atestiguan). Y ellos mismos lo demuestran, haciendo estallar sus rapsodias en pleno banquete comunista, al lado de la Internacional.

¿Cómo diablos queréis sacar a esos pueblos de sus islas y sumergirlos, de un día para otro, en los rascacielos americanos, por arriba de cuyas alturas no canta más el ruiseñor, donde el hombre es un bruto mecanizado, y donde la existencia no es más que un modo de matar la vida?

Supongamos que haya habido dos millones de comunistas con el cráneo bien hujido de doctrinas, vacíos de corazón, y de cerebro, autómatas del fordismo y de la americanización, para quienes el sentimiento es sólo una debilidad burguesa y el amor un simple coito: quedan 150 millones, toda una humanidad, que vive y quiere vivir cultivando cada vez más aquello que de más eterno y conmovedor tenemos.

¿Habrá que negarles la existencia?

—¡Al contrario!, se dirá, recordándome la Constitución Soviética. ¡Esos pueblos disponen ahora de sí mismo!

Respondo: sí, ellos disponen de sí mismos a la manera de aquellas jóvenes de la Edad Media, que eran muy libres de toser a voluntad, pero que eran encerradas en un convento si se negaban a casar con el hombre que sus padres le habían elegido.

LA FARSA

¿Sociedad de Amigos de la U. R. S. S.? ¡Mi Dios!, y ¿por qué no? Como decía el otro: ¿apretaría Vd., un botón colocado en su casa en París, para matar a un mandarín en China y ganar una fortuna durante la noche?

Ciertamente, llegar a ser el Presidente de una sección mundial de los "Amigos de la U. R. S. S.", no hace rico a nadie, no le dá de comer, pero, en llegando la ocasión os vale un gran viaje "de ojito" o algunos derechos de autor. Representáis una de ese centenar de banderitas rojas con que la presidenta Kameneva señalaba en un mapa de su gabinete las ciudades del mundo que poseen una sección de "esos amigos". Es verdad que la mayoría de tales secciones no existen más, como aquella de Atenas, que se fundó y se fundió ante mis ojos en la misma semana. No importa, la banderita roja flamea siempre sobre el mapa. Y cuando es cierto que en tal ciudad hay una sección, digamos también que es mucho peor aún, porque cuesta cara y no produce más que papeluchos que los "Amigos" se obsequian entre sí de un extremo al otro del mundo a costa del compañero obrero.

Un periódico parisión ha escrito que yo fuí elegido para la presidencia del Congreso mundial. Hubiera sido un gran "honor" para mí, pero me parece que ese órgano se equivoca. En todo caso, yo no me he sentado allí nunca: menos aún en el Congreso, donde, por lo demás, sólo el presidium y los pesados oradores asistían rigurosamente, porque los congresistas se pasaban todo el tiempo en el buffet.

MI POSICION

Vencidos son todos aquellos hombres que al declinar de su vida se encuentran en desacuerdo sentimental con sus semejantes más selectos. Yo soy uno de esos vencidos. Y puesto que hay mil maneras de estar en desacuerdo sentimental con sus semejantes, yo indico que se trata aquí de esa penosa separación que desplaza a un hombre fuera de una clase, al cabo de una vida de aspiraciones comunes, y que sigue siendo fiel sin embargo, a la necesidad que le ha impulsado siempre a luchar por la justicia.

Porque la necesidad de justicia es un sentimiento, no una teoría. Hoy día lo sé, — después de verificarlo en vasta escala — y con mil pruebas en su apoyo. Con pocas excepciones — magníficas, sin duda, pero que no alteran el drama — todos aquellos que llegan a la rebeldía por la teoría, por ella se van, del mismo modo que aquellos otros que a ella llegan por el vientre o por ambición, que vuelven por el mismo camino. El sentimiento, al contrario, es la fuerza que abraza toda la vida y la siembra a todos los vientos. ¿Se le podría, acaso, definir mejor? ¡Pero si fuera necesario definirlo todo no hubiera hecho yo nada mejor que seguir siendo obrero pintor!

Yo no cuento detalladamente esta página de mi vida para enorgullecerme, porque soy un vencido, sino para que la humanidad laboriosa y revolucionaria pueda extraer de ella todas las enseñanzas posibles en bien de sus luchas futuras: oxígeno para las llamas de la generosidad humana.

Después de haberme callado, durante un año, no estoy aquí para murmurar mi protesta. Ojos que nunca olvidaré, voces que todavía resuenan en mi corazón, me han echado sobre los hombros cargas que me aplastan y que yo ya no puedo sostener más.

Veo erguirse sobre mi papel la imagen de esos hombres demacrados, macilentos, esqueléticos, con mirar de locos, temblando de cólera y de inanición y decirme:

"Por el modo con que nuestros "Previdas" hablarán de ti, nosotros sabremos si en el extranjero has mantenido tu palabra o si no eres más que un pillo."

No eran "blancos" aquellos hombres. Eran decididos políticos, que vagan errantes por decenas de millares en la Unión Soviética, donde los peores canallas viven confortablemente porque están "en la línea".

PANAIT ISTRAIT.

Traducido de la "Noveau Revue Francaise" y adaptado fragmentariamente por "La Antorcha".